

ELECCIONES MUNICIPALES Y AUTONÓMICAS 24-M: LA VICTORIA AMARGA DEL PP

Francisco J. Llera Ramo

Resumen

Las elecciones autonómicas y locales puede que sean de segundo orden, pero el pasado 24 de mayo, los ciudadanos de 8.122 Ayuntamientos y de trece Comunidades Autónomas eligieron a sus representantes para los próximos cuatro años. Estos comicios han cambiado algo respecto a los anteriores y es que tanto Podemos como Ciudadanos han copado mucho protagonismo dejando otros temas, que antes eran relevantes, en el tintero. Todos estos cambios han hecho que este sufragio se pueda considerar la primera vuelta de las generales.

Palabras clave: Elecciones autonómicas y locales, partidos políticos.

Abstract

The regional and local elections may be second order, but last May 24, the citizens of 8.122 municipalities and thirteen regions elected their representatives for the next four years. These elections have changed somewhat over the previous is that Podemos and Ciudadanos had been more important than another issues, that they were very relevant, in a second line. All these changes have made this vote can be considered the first round of general elections.

Keywords: Regional and local elections, parties.

Aunque estemos ante unas elecciones de segundo orden, las celebradas el 24 de Mayo van a producir la renovación de la mayor parte de la estructura política española con, al menos, unos 80.000 cargos: 8.122 alcaldías, 67.640 concejalías, 804 parlamentarios regionales, 153 junteros forales, 231 consejeros insulares y 1.040 diputados provinciales. A ellos hay que añadirles los 13 gobiernos autonómicos, las 3 diputaciones forales y los cientos o miles de asesores municipales, parlamentarios y de los gobiernos regionales y forales. Todos ellos conforman la mayor parte del tejido representativo y ejecutivo de nuestro país, con sus correspondientes cúpulas administrativas y de tecnoestructura.

En este contexto, las elecciones locales y autonómicas son el primer gran test electoral del apoyo con el que sigue contando, no solo el Gobierno y su partido (PP), sino también el principal partido de la oposición (PSOE) y, en consecuencia, el formato del sistema de partidos de las últimas décadas, a pesar de no jugarse en la arena nacional, ni cuestionarse la mayoría de gobierno. Sin embargo, en esta ocasión el gran protagonismo adquirido por la crisis y las consecuencias de su gestión, la corrupción y, sobre todo, las propuestas de regeneración democrática y de reformas, puestas en la agenda por los nuevos actores políticos (PODEMOS y CIUDADANOS), han podido eclipsar otros asuntos como la gestión o el mejor o peor perfil de los candidatos locales y sus propuestas programáticas más particulares.

Las movilizaciones del 15-M antes de las elecciones municipales y autonómicas de 2011 iniciaban un ciclo de largo recorrido que, primero, se llevaría por delante las mayorías socialistas en el poder institucional y, segundo, produciría la debacle del PP cuatro años más tarde. Para ello, el movimiento necesitaba tiempo para organizarse y la alternancia popular en las instituciones le facilitaba el objetivo de mantener viva la movilización callejera y mediática frente a un "enemigo" claro a batir (los gobiernos del PP), al tiempo que dejaba descolocado al PSOE, al que hacía corresponsable de la situación en medio de su propia crisis de liderazgo y de orientación estratégica. De ahí que estas elecciones, por muy condicionadas que estén por la variedad de los liderazgos, trayectorias, implantación y gestión local y territorial, se hayan planteado, también y necesariamente, en clave nacional, como si, después de las Europeas y las Andaluzas, fuesen la primera vuelta de las próximas generales.

Aunque ya IU y UPyD habían empezado a señalar en esa dirección, cosechando algún resultado competitivo en la primera parte del ciclo, será PODEMOS y su núcleo organizador, sobre todo, quien encarne desde el comienzo de la legislatura la vanguardia de un movimiento nacido de la izquierda radical que, aprovechando la situación de aturdimiento orgánico y político del PSOE y la falta de respuesta conjunta de los dos partidos de gobierno (PP y PSOE) a los grandes retos económicos e institucionales, facilitaron su irrupción estelar en la arena mediático-política con un eco social



De izquierda a derecha, Pablo Iglesias, líder de Podemos y Albert Rivera, líder de Ciudadanos.

sin precedentes. Una mezcla de incompreensión con lo que estaba pasando en nuestro país, al menos, desde 2010, de ceguera partitocrática y de enganche inercial a la dinámica de adversarios de PP y PSOE (bien ejemplificada en el “y tú más”), desde el gobierno o la oposición, unidos a la carencia de respuestas reformistas conjuntas y en profundidad, les han llevado a ambos a un desgaste electoral sin precedentes, que les sitúa a ambos en la casilla de salida de 1977 (PSOE) ó 1982 (PP).

A rebufo de esta situación competitiva y de la polarización centrífuga de los dos grandes partidos, percibidos por sus votantes como más alejados del centro que ellos mismos, CIUDADANOS es capaz de articular una oferta reformista seria y radical destinada a ese potente caladero del electorado de centro, abandonado o descuidado por la ceguera competitiva y polarizadora de PP y PSOE y que, al principio, amenazaba con caer en las redes discursivas de la desafección transversal tendidas por PODEMOS (con su significativo mensaje de “ya no es una cuestión de izquierda o derecha”). Pero, el freno electoral a la estrategia de PODEMOS que ha supuesto CIUDADANOS, al menos, desde las elecciones andaluzas tampoco se puede entender sin la potente promoción mediática.

En una estructura mediática, profundamente, polarizada (Hallin y Mancini, 2004) y acostumbrada a la simplificación comercializadora y al espectáculo fácil, que banaliza la vida política, los medios pugnan entre sí por el control de la agenda (agenda setting), fijándoles

le a gobierno y oposición cuales deben ser los temas a debatir por la opinión pública, las prioridades de las que responder y, sobre todo, generando un encuadre (framing) de la situación más favorable a la puesta en escena y a los discursos de los liderazgos emergentes que a las desgastadas formas de competir y responder de PP y PSOE, incapaces de tomar la iniciativa.

En esas circunstancias no puede sorprender a nadie la generación de un clima social de fin de ciclo, de necesidad de cambio profundo, de descrédito e indiferencia ante lo que puedan ofertar PP y PSOE, de sospecha permanente respecto de sus candidatos (véase lo sucedido, por ejemplo, los últimos días de campaña en Madrid y Valencia con Aguirre y Barberá, por citar solo dos casos emblemáticos) y de desconexión social y mediática de estos partidos y sus líderes, sumergiéndoles en la espiral del silencio de una parte de sus electorados por efecto de una eficaz campaña negativa (Ansolabehere e Iyengar, 1995). En este contexto, además, entra en juego un entorno comunicativo mucho más plural y sesgado sociológica y, sobre todo, generacionalmente, como es el de las redes sociales o blogosfera (Schweitzer, 2010), cuya eficacia negativa es mucho más potente, al tiempo que favorece a los nuevos actores.

Nunca en una legislatura el desgaste de quien detenta la mayoría del poder institucional ha sido tan rápido y tan amplio como el sufrido por el PP en las elecciones del 24 de mayo, si bien es verdad que nunca, tampoco, desde la ruptura de la UCD al comienzo de los 80 y

su sustitución por la posición hegemónica del PSOE, un partido había detentado tanto control institucional como el conseguido por el PP desde las elecciones locales y autonómicas de 2011. A pesar de lo cual, el PP gana las elecciones en todos los niveles, aunque pierda casi todas sus mayorías absolutas y complique su permanencia al frente de buena parte de las instituciones locales y territoriales más importantes.

Por lo tanto, al fuerte desgaste socialista iniciado en 2011 y no frenado en 2015, se ha añadido ahora el del PP, situándose ambos en sus peores resultados en muchos años, cumpliéndose la estrategia del “dos por uno” del movimiento popular nacido del 15-M. Dos causas están detrás del mismo: la gestión de la brutal crisis financiero-fiscal, con sus fatales consecuencias sociales y de deterioro de los servicios públicos, y la corrupción en una parte de la clase política, que han hecho saltar por los aires la confianza institucional y ha producido desafección política y fatiga partitocrática, al tiempo que ha movilizado, de forma creciente y variada, a una parte de la población desde que el movimiento 15-M diera el pistoletazo de salida. El resultado es, sin duda alguna, un éxito sin precedentes del clima social y de la agenda promovida por la movilización social y sus amplificadores mediáticos y de la blogosfera. Pero, también, de la incompreensión y falta de respuesta reformista de los dos actores principales del sistema (PP y PSOE), convertidos en gobierno y oposición con escaso crédito para la mayoría del electorado.

Hasta ahora, las victorias amargas, como la protagonizada por el PP el 24 de Mayo último, solían completarse con su correlato de las dulces derrotas del perdedor. El PSOE puede tener la tentación y la ceguera de hacer esa lectura, mediante la alquimia retórica de las mayorías de progreso, que no son otra cosa que coaliciones negativas de difícil digestión y eficacia. En efecto, el espejismo es que en la suma aritmética de todas las fuerzas de cambio (el único sentido garantizado del mismo es el del desalajo del PP) el PSOE sea la fuerza hegemónica que marque los tiempos y el sentido de esta gran alianza de progreso (que incluye, claro está, nacionalistas de distinta orientación, independentistas, populistas, antisistema, antisocialistas viscerales, etcétera, junto con gente con muy buena voluntad).

Si hay algo claro en el sentir ciudadano del actual ciclo político es:

Primero, que los ciudadanos están muy descontentos con los viejos modos partidistas de ocupación y ejercicio del poder y la oposición;

Segundo, que no apuestan por las mayorías absolutas y, consecuentemente, prefieren gobiernos obligados a pactar y a acordar (sean con fórmulas de coalición u otras);

Tercero, que están cansados del oligopolio bipartidista y su dinámica de adversarios urbi et orbe;

Cuarto, que quieren reformas en profundidad que adecenten y regeneren la vida política;

Quinto, que no están de acuerdo o no han entendido el sentido de todas las políticas anticrisis y prefieren otras políticas; y

Sexto, que todavía hay una mayoría que sigue confiando en que los dos grandes sean capaces de llevar el timón del nuevo rumbo político que necesita el país.

Lo que está igualmente claro es que los ciudadanos no han expresado preferencias claras por ninguna forma de coalición y afirmar lo contrario es una interpretación interesada, de corto alcance y, mayormente, de vieja política.



Francisco José Llera Ramo

Catedrático de Ciencias Políticas. Universidad del País Vasco.

✉ francisco.llera@ehu.es